

EL HERMANO INFIEL DEL SOL (Cuento de Micael)

3º- 4º



Des- de el Sol va el Con- quis- ta- dor, ji- ne- te en cor- cel, es Mi- ca- el.
Con va - lor y el más pu - ro a - mor, al Mal ven - ce Él, es Mi - ca - el.

<https://ideaswaldorf.com/desde-el-sol-mayor/>

Parte I

Había una vez un hombre manejando un carro jalado por su fiel yegua Lisa, atravesando bosques y prados de una aldea a la otra. Él traía a la gente en las aldeas bellos vestidos para ponerse, herramientas para trabajar y golosinas para maquetear. La gente lo quería y lo esperaba ya desde mucho antes. A uno se le dañaba la ropa. El otro necesitaba una azada nueva y los niños querían nuevos juguetes y unas roscas dulces.

Cuando el hombre de camino hacia la gente pasaba por los árboles y arbustos del bosque, viendo las plantas a los lados del camino, a él y a su yegua nunca se les hacía largo el tiempo. El roble con sus ramas fuertes y sinuosas les contaba cuentos largos de un valiente príncipe que no tenía nada y ganaba la lucha con un monstruo oscuro. El fresno contaba sobre la princesa noble que el príncipe había liberado de las garras de un monstruo. Los pájaros del bosque trinaban y cantaban mientras volaban. Las flores en el suelo abrían ampliamente sus cálices hacia los queridos rayos del sol gritando:

-¡Vengan todos a la fiesta nupcial! Hoy se casa el príncipe con la princesa y todas gentes son invitadas a la fiesta.

Junto con los rayos de luz llegaron las mariposas y jubilosos hilos vinieron de los ángeles en el cielo. Los riachuelos en el bosque corrían rápidamente gritando con alegría:

-¡Somos los mensajeros veloces. Llevamos a toda la gente en la Tierra el mensaje feliz de la boda del príncipe con la princesa.

Sólamente el abedul oscuro en el bosque estaba callado y serio. Y el hombre sabía que estaba contemplando un enigma profundo. Con recelo pasaba por allí, sin atreverse a mirarlo mucho.

Pero a veces el hombre también suspiraba y pensaba:

-Toda la gente y, sobre todo los niños, en las aldeas lejanas me tienen que esperar tanto tiempo, para que les traiga mis buenas mercancías. Tienen que tener tanta paciencia, pues la pobre Lisa anda tan despacio. ¡Cuánto tiempo necesitamos para ir de un sitio al otro! La gente nos espera todos los días, y nosotros tardamos y tardamos.

Entonces miró el hombre hacia el sol y dijo:

-¡Ay querido sol en el cielo, tú brillas para toda la gente a la vez y caminas constante a cualquier parte. Yo quisiera aprender de ti cómo andar tan ligero con mi carrito para poder traerle a la gente la felicidad al mismo tiempo, así como lo haces tú.

Un día, cuando de nuevo estaba mirando de esta manera hacia el sol, escuchó como éste le respondía:

-Yo estoy brillando en el cielo y no soy capaz de llevar todas esas cosas como las herramientas, jabón, etc.

Te diré que allí donde tú vives, enjaulado profundamente dentro de la Tierra, está mi hermano infiel desde hace mucho tiempo. Este se rebeló contra los ángeles en el cielo y fue echado a la Tierra oscura y fría como penitencia.

Tal vez éste te pueda ayudar, si lo puedes encontrar. Pero cuídate de su fiereza: si no estás bien atento, te hará preso y tú le tendrás que servir para siempre.

El hombre le dijo alegremente que se cuidaría y buscaría a este hermano infiel del sol por todos lados.

Durante mucho tiempo no lo pudo encontrar. Pero un día, cuando iba con Lisa por una llanura amplia donde gente estaba cavando un pozo, vio que de este pozo salía algo verdoso y oscuro, brillando y de mal olor. Él preguntó a la gente qué era eso. Mientras lo sacaban a un lado, y mirando al hueco temerosos, dijeron en voz baja:

-De aquí está saliendo el hermano infiel del sol. ¡Debemos cuidarnos mucho de él!

¡Cuán alegre se puso el hombre cuando lo escuchó, pues había encontrado lo que estaba buscando hacía tanto tiempo. Se acercó a aquel pozo y pudo tomar un poco de la sustancia verde, oscura y maloliente.

Fue rápidamente al herrero para que le hiciera una caja de hierro. A través de un hueco de la caja él metió ese algo verdoso o hermano infiel del sol.

Éste se retorció y se expandía en su cárcel de hierro queriéndola romper. Entonces, gritando, habló y dijo:

-¿Por qué me retienes? Me he liberado de las profundidades terribles de la Tierra y ahora quiero volar libremente hacia el cielo.

Pero el hombre le respondió:

-El herrero forjó con fuego este material de rocas y construyó esta caja. Tengo que retenerte en ella preso.

El hombre metió una vela en hueco de la caja. El hermano infiel del sol, viéndola dentro, se retorció furiosamente aumentando su fuerza salvaje: relámpagos de fuego salieron de la caja y un trueno terrible hizo temblar la Tierra.

Mientras que Lisa estaba mirando desde lejos el carro en ese momento, vio que de repente el carro empezaba a moverse cada vez más rápido, echando relámpagos y truenos por todos lados,

atravesando el campo y el pueblo. Toda la gente en las calles huía gritando y se escondía en sus casas.

Ya nadie se atrevió a comprar ninguna mercancía al hombre.

Angustiado, éste llevó su carro de nuevo al herrero para que le agregara un tubo largo a la caja. El herrero, que era muy habilidoso, le construyó uno sólido, con un montón de salidas torcidas y enredadas para que ningún rayo maligno jamás pudiera encontrar su camino hacia afuera y para que el trueno tuviera que dejar allí adentro toda su fuerza.

Sólomente cuando los Niños acercaban su oído muy cerca del tubo podían escuchar al trueno como muy distante: "trum trum trum ..."

Entonces ellos decían que "el trueno se ha vuelto amable".

De esta manera el hombre ya pudo volver a recorrer las calles y las aldeas, subiendo, bajando, y cada vez más rápido. Por todos lados repartió las buenas cosas que traía consigo. La gente gritaba:

-¡Este hombre ya es casi como el querido sol: está al mismo tiempo en todos los sitios. Apenas llega a un lugar, ya se está yendo!

Y pronto todos tuvieron suficientes martillos y sierras para la carpintería; arados para arar el campo. Los armarios estaban llenos de ropa nueva, y los Niños y toda la gente pudo comer cosas ricas y golosinas que el hombre les trajo.

Pero ¿qué fue lo terrible que sucedió?

Mientras más comían, más hambrientos se volvían. Mientras más tenían, más querían.

Nada les satisfacía. El hombre entonces les gritaba:

*-¡Coman más, tengan aún más!
¡Antes de lo pensado, yo ya les habré traído las mejores cosas!*

Y la gente comió y tuvo cada vez más y más. Pero ya no les satisfacía. Las barrigas ya estaban para explotar, aunque sentían siempre hambre. Las madres tiraron bien lejos las ropas más bellas, pues se aburrían de ellas. El padre, no pudiendo tener más que una sierra en su mano, sin embargo quería y recibía del comerciante otros modelos nuevos.

De esta manera, los padres, madres y Niños se sintieron cada vez menos contentos, sin saber exactamente lo que les sucedía.

El comerciante seguía gritando cada vez más fuerte:

-¡Coman más, tengan aún más! ¡Les traigo juguetes más bellos y más sofisticados!

Pero ya no les servía nada. La gente se volvió descontenta.

*¿Cómo creen ustedes que se sintió este hombre?
¿Creen que estaba feliz porque pudo correr y vender tan rápidamente a través de los bosques y las ciudades, subiendo las calles y bajando, desde un lugar a otro?*

¡Oh no!, ¡Claro que no!

Se sentía muy solo. Ya no tenía tiempo para charlar con los Niños en la calle. Su único afán era seguir viajando rápido. Y cuando pasó por el gran bosque donde anteriormente las flores y el riachuelo le contaban sus cuentos, donde la fiel Lisa encontraba hierbas sabrosas, y donde encontraba los rayos de luz que llevaban las mariposas hacia las flores, ... entonces veía que todos estos amigos de antaño se callaban: los árboles y todo estaba como muerto, como petrificado. Tan triste estaba el hombre que quería llorar y llorar – y, sin embargo, aunque quería, no podía parar su carro y detenerse.

Tuvo que seguir atravesando sin parar los campos y prados, las aldeas y ciudades, y tuvo que traer a todos cada vez más cosas.

En las casas, la gente se ahogaba con todos los objetos de más; ¡eran demasiados!. Para las tartas dulces, vestimentas bellas y juguetes nuevos ya no tenían lugar en sus casas. Entonces empezaron a llevar todo a los basureros.

Así, toda la gente se volvió triste, pero el hombre no pudo parar. Tuvo que seguir corriendo y trayendo cada vez más cosas nuevas; sin paz ni pausa.

Parte II

De pronto un día, el hombre se dio cuenta de que su carro ya no rodaba sobre la tierra firme: las ruedas se elevaban del suelo, y el carro rodaba volando en el aire, ... cada vez más ligero. El hombre ya no era capaz de pararlo. Planeaba por todos lados: sobre montañas y picos salvajes, dando vueltas alrededor de las nubes.

Y le sobrecogió el miedo. Trató de guiar el carro hacia la tierra. Pero ... ¡cuanto más se acercaba al suelo, el monstruo, en su caja, hacía cada vez más ruido, echando relámpagos y truenos, y conduciendo al carro de nuevo hacia el cielo!

Esto le produjo más miedo, pánico. Él quiso salir del carro y saltar a la tierra, pero no era capaz de liberarse del poder de este hermano infiel del sol. Con manos y pies se pegaba a su propio carro. Lloraba y gritaba a la gente en la tierra pidiendo socorro. Pero estos no supieron al principio cómo ayudarle.

Mientras tanto, en una ciudadela con calles angostas y casas pequeñas, el alcalde unía a todos los ancianos y los mozos fuertes y también a los Niños. Hablaban y pensaban en cómo podían liberar a aquel hombre del pérfido hermano infiel del sol para que pudiera volver a estar con ellos y pisar la tierra firme de nuevo, ... como tanto les gusta a todos.

Los más fuertes se unieron. Tomaron cuerdas y maromas grandes, y las hicieron llegar con ingenio al carro del hombre. Entonces intentaron jalar para que bajara todo lo que pudiera hasta la tierra; tiraron rápidamente de las cuerdas y las amarraron al suelo con toda la fuerza.

¿Lo consiguieron?

Sí

Se llegó a bajar al carro, parar su vuelo salvaje y contentar a la gente de la ciudad, que se regocijaba por ello. Pero el monstruo en su jaula de hierro rugía. Hacía salir relámpagos y hacía que se escucharan truenos de desprecio, ira, envidia, confrontación y muchos males más. Entonces el carro *-¡plas!* se soltó y se alejó tan rápida y violentamente, que las personas cayeron unas encima de otras, dejando y soltando las cuerdas para que no los llevara al cielo también.

Y de nuevo se reunieron los adultos de la ciudad y pensaron en cómo intentar volver a salvar al comerciante en su carro. Entonces un anciano dijo:

"En las montañas desoladas, donde jamás llegan los Hombres, moran gigantes muy fuertes. Les deberíamos pedir ayuda."

Hacia allá se encaminaron unos jóvenes valientes. Treparon las peñas y los árboles grandes caídos. Cruzaron los arroyos que casi los arrastraban con las corrientes bajando desde las alturas; por otro lado, casi se hundieron en los pantanos de los valles.

Pero finalmente llegaron donde los gigantes y les pidieron ayuda para bajar el carro volador en las nubes.

Los gigantes entonces movieron sus pesados brazos y abrieron una gran cueva en la montaña. Cuando la tuvieron lista, dieron señas con sus toscas manos al hombre en su carro para que lo tratara de meter adentro de esta cueva. Pero cuando intentó acercarse, el hermano infiel del sol empezó a rugir de nuevo dentro de su caja. Con desdén echaba relámpagos y truenos y, en una pendiente, volvió otra vez a dirigir al carro hacia arriba donde las nubes.

Con la mayor dificultad, el hombre manejó su carro hacia la entrada de la cueva, hasta que finalmente logró meterlo adentro.

Toda la gente creyó que el carro había sido tragado por la cueva y lo celebraron con alegría.

Los gigantes gruñían de regocijo con sus voces bajas, pero el monstruo en su caja no quiso poner paz: seguía crujiendo y chillando, relampagueando y tronando hasta que las rocas de la montaña se abrieron en grandes grietas, y el carro, buscando su camino, salió volando por una de ellas.

De nuevo planeaba por aquí y por allá, subiendo y bajando en el aire.

La gente de la ciudad volvió a reunirse para pensar. Una anciana dijo:

"Los gigantes torpes no lograron bajar el carro. Vamos ahora donde los enanos inteligentes. Éstos viven escondidos entre piedras y raíces del bosque porque ellos tienen medidas mucho más sutiles que los gigantes. ¡Ellos sí son astutos!"

Entonces mandaron a emisarios donde los enanos. Durante mucho tiempo buscaron en los bosques y peñascos, y no los pudieron encontrar. Hasta que finalmente se dieron cuenta de que los gnomos los estaban observando desde sus escondites hacía mucho tiempo, riéndose de ellos por ser tan torpes y ciegos.

Al estar delante de ellos, los emisarios les hicieron conocer sus intenciones, y los hombrecillos dijeron que pensarían lo que se podría hacer.

Por largo tiempo lo meditaron, y después iniciaron un trabajo misterioso: comenzaron a tejer una red maravillosa y fina. Para eso usaron los hilos de las arañas, los más finos; le agregaron el sonido inaudible del paso del gato, el brillo titilante y transigente del ratoncito cuando mira desde su escondite, y la mirada todo penetrante del búho que busca la presa en la oscuridad de la noche.

Esta red era bien chiquita y casi no se veía. Pero entonces los enanos la ampliaron jalando, cada vez más y más ampliamente, hasta que finalmente se volvió tan grande y flexible que fue posible tensarla entre dos montañas.

La gente hizo señas al conductor del carro para que volara por entre las dos montañas. Éste dirigió su carro hasta la red grande. Pero el hermano infiel del sol jaló sorprendente otra vez la carreta en una curva hacia las nubes, echando relámpagos lucientes de la caja, tronando y riéndose con desdén.

En un nuevo intento, el hombre dirigió su carro hacia abajo y logró manejarlo contra la red tendida hasta quedar atrapado. Los hilos finos de la red envolvieron al carro y lo sostuvieron más fuertemente que barras de hierro grueso o maromas enormes.

El monstruo en la caja se puso furioso y echaba venablos, relámpagos y truenos, pero los hilos no le permitían soltarse.

La gente enloquecía de alegría y los enanitos les guiñaron sus ojitos con complicidad. Todos se alegraron y creyeron la misión cumplida.

De repente el monstruo echó desde su caja una llama ardiente y candente, y todos los hilos se derritieron. Con una risa horrible la quimera volvió a elevar el carro.

Volvió la tristeza y ya no se sabía qué más intentar. Enviaron un mensajero donde una sabia hierbatera que vivía sola en el bosque y le pidieron consejo. Esta dijo, después de leer en los preparados con hierbas:

-"El hermano infiel del sol será dominado cuando el Hombre encuentre el lugar donde el mismo Sol baje a la Tierra."

Las personas escribieron este mensaje en el mismo suelo con letras grandes para que el carretero lo pudiera leer desde arriba. Y desde ese momento buscó por todos lados ese citado lugar donde el Sol mismo baja a la Tierra.

Largo tiempo buscó en vano, pero finalmente encontró una recóndita cabaña en un bosque tupido y delante de ésta, una casita con un jardincito.

Vio en él una virgen que sembraba dorados granos de trigo en la tierra oscura. Y con una luz brillante advirtió cómo el sol mismo bajaba del cielo y se introducía en la oscuridad de la tierra.

Y en ella brillaba cada grano como si fuera de oro.

Jamás había visto nadie nunca algo semejante.

Entonces, se dio cuenta de cómo el hermano infiel del sol permanecía cada vez más quieto y callado dentro de su caja.

Sin esfuerzo, el carro empezó a volar poco a poco en círculos, bajando paulatinamente hacia la tierra parándose muy cerca de la casa de aquella mujer.

El hombre pudo salir de su carro, se dirigió al jardín y ayudó a la señora a cuidar los brotes que estaban saliendo de los granos.

A diario trabajaba en la tierra, y por la noche cuidaba las plantitas para que los animales del bosque no se las comieran.

Mientras que cuidaba las plantas, el brillo suave de la luna penetró en la neblina por encima de la tierra húmeda del bosque y llegó hasta el jardín.

El hombre vio cómo ángeles tomaban los rayos de la luna y tejían con ellos un paño muy fino. En éste metían además las estrellas brillantes del cielo. La tela era tan bella que el hombre no creyó haber visto jamás algo tan refrescante en la vida.

Una noche, los ángeles le entregaron al hombre el tejido y le indicaron que lo repartiera entre la gente.

Cuando el hombre estaba sentado al borde de su campo de trigo escribiendo en un libro grande todos los cuentos maravillosos de los cantos de los seres elementales de los árboles y escuchaba a las fuentes de agua cuando todavía andaba por los bosques con su fiel Lisa; y cuando los seres de las flores le buscaban a ella las hojas más sabrosas para comer.

Esta colección de cuentos llegó a ser un libro muy gordo y lleno de cuentos maravillosos.

Cuando maduraron las espigas del trigo, la mujer y el carretero las cortaron, las trillaron y separaron los granos dorados. Después los molieron consiguiendo harina fina, blanca, y cocinaron un panecillo pequeño. No era mucho trigo, y por eso resultó apenas un pan muy pequeño. Con cariño ahora la virgen dijo al hombre:

-Toma este pan, el tejido de estrellas y el libro, y regálalos a toda gente necesitada."

El hombre tomó el panecillo, el paño de estrellas y su libro de cuentos y se sentó en su carro. El hermano del sol en su caja ahora sopló: "uf, uf, uf..." y suavemente permitió al hombre volver a viajar por todos lados, a través de las aldeas y ciudades, hacia todos los hombres que lo esperaban.

¡Y miren! ¡A pesar de que el panecillo era pequeño, alcanzó para todos! Nadie tuvo que aguantar más hambre después de haber probado un poco de este pan de aquel hombre.

Y él mismo repartió su tela estrellada y la dio a toda la gente para que pudieran andar con vestidos celestiales cuando se visitaron mutuamente. Y cuanto más cortaba uno de esta tela, más tela aparecía.

<https://ideaswaldorf.com/tag/cuento/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/leyenda/>
<https://ideaswaldorf.com/tag/micael/>

Pero por la noche, cuando los adultos descansaban del trabajo y los Niños habían jugado y aprendido suficiente, el hombre iba donde la gente pobre y todos los vecinos se reunían alrededor de él. Entonces les leía los cuentos encantadores que tenía escrito en su libro grande.

¿Y qué pasó entonces con el hermano infiel del sol dentro de su caja?

Pues que ya no era infiel. Servía al mercader y le esperaba fielmente cuando éste se encontraba dentro de las casas de la gente.

Pero cuando ese hombre murió y un ángel llevó su alma al cielo, entonces el ángel dijo al hermano, ahora "fiel" del sol:

-Dios te está mirando. Sirve un poco más a los Hombres aquí en la Tierra, hasta que la gente ya no ansíe egoístamente poseer por poseer; es decir, que ya no te necesite. Entonces podrás volver al cielo."

<https://ideaswaldorf.com/desde-el-sol-menor/>

Aportación de IdeasWaldorf

<https://ideaswaldorf.com/todo-sobre-micael/>